

LA DONACIÓN Un cuento de bibliotecarios



Al principio, y durante mucho tiempo después, conté los días desde que nos habían traído aquí. Para hacerlo, me guiaba por una luz pálida que nos llegaba cada catorce o quince horas desde una ventana alta y estrecha. También algunos otros los contaban porque desde mi lugar podía oír sus murmullos de registro, disminuidos, como cuentas apagadas, sofocadas entre las muchas capas de papel.

Luego de un par de horas esa luz se atenuaba, se retiraba con suavidad pero sin dudar, y nos dejaba otra vez en la oscuridad de nuestra larga noche.

Alguna vez que me desperté en lo oscuro advertí que no sabía si la luz ya había pasado por la ventana una vez, o más de una vez. Hice un cálculo provisorio para seguir llevando la cuenta pero después la luz del invierno fue breve y mezquina, alguna tarde de cielo gris casi no se hizo ver, volví a dormirme varias veces dándome cuenta que me sucedía cada vez más a menudo y por más tiempo, y al fin dejé de contar. Lo mismo le habrá ocurrido a los demás, porque hace ya mucho que no oigo aquellos rumores de apagada contabilidad.

A pesar de estas imprecisiones tengo perfecta memoria de mis orígenes. Nosotros vivíamos en la casa de un médico que nos amaba. La casa era espaciosa, llena de luz, y él y nosotros nos acompañábamos con fervor. Nos gustaban las tardes en que nos repasaba en los estantes, observando algún título allá y acá, tocándonos apenas con las yemas de los dedos, casi sonriéndonos, para después sentarse a trabajar en su escritorio. O las mañanas de los domingos cuando se hacía presente tarareando alguna canción y abría las ventanas invitándonos a respirar, y sentíamos su mirada complacida sobre nosotros.

Con el andar de los años el doctor fue llenando los estantes y colocando más estantes que volvían a llenarse. Yo no la he visto, porque he salido de mi ubicación solo al escritorio donde él me consultaba, pero sabía que había otra sala igual o más grande que la mía, también con las paredes cubiertas de estantes que fuimos ocupando. Igualmente, recuerdo que la esposa del médico solía rezongar a raíz de nuestra proliferación, y un par de veces los escuché discutir por ese motivo.

Después, cuando el médico ya tenía nietos, instaló en su escritorio una computadora. Puedo asegurar que al principio la mayoría de nosotros no sentimos ninguna prevención hacia ella, no nos sentimos amenazados en lo más mínimo, y no desprendíamos todavía ninguna conclusión que pudiera afectarnos por su presencia. Traté de establecer algún contacto con ella, pero ella no dialogaba ni conmigo ni con otro cualquiera. No por hostilidad o indiferencia, creo yo, sino simplemente porque no sabía hablar con quien no fuera su igual. Había nacido máquina, no vivía en los estantes, no tenía árboles como ancestros y la electricidad la recorría. Venía de otro universo.

La primera conclusión inquietante para nosotros fue un tiempo después, cuando a raíz del tiempo que el médico leía en la computadora (nosotros íbamos sabiendo de a poco los usos de esa máquina), su esposa comenzó a reclamarle espacios en las paredes. Su argumentación era más sólida ahora, porque tenía mucha lectura en ese espacio llamado pantalla, y creo que el doctor empezó a considerar la cuestión. Me sentí desolado cuando un fin de semana escuché que vaciaban los estantes de la otra sala, y no supe el destino de los que los ocupaban. A unos pocos, el doctor los trajo a mi sala y los ubicó donde era posible, acostados sobre otros, o apilados sobre alguna silla.

Después...El médico seguía apareciendo alegremente las mañanas de los domingos pero creo que ya no nos saludaba a nosotros. Abría las ventanas, respiraba el aire fresco, pero lo hacía mientras esperaba que su computadora se iniciara. Yo extrañaba muchísimo el contacto de sus manos.

De cualquier forma nunca nos olvidó. En algunas vacaciones se disponía a ordenarnos, nos limpiaba, nos volvía a abrir y a releer, nos re-ubicaba. La esposa solía hacer algunos comentarios por los cuales conocí que nuestra edad era algo importante, que algunos de nosotros éramos más viejos que otros, y que ya para esa época todos éramos viejos...Hasta ese momento, el doctor nunca nos había hecho sentir la edad. Por mi parte, recién entonces entendí la relación comparativa que teníamos frente a la computadora.

Más tarde, aquel hombre que nos había querido y cuidado se volvió anciano y enfermó. Sé que fuimos un consuelo para él en sus últimos tiempos, cuando otra vez nos acariciaba y nos miraba con orgullo. Una vez, a mí en particular me sostuvo una tarde entera sobre sus rodillas, releyéndome, observando los subrayados y las anotaciones que me había hecho tanto tiempo atrás, recorriéndome, saltando páginas, avanzando, retrocediendo...

Fue la última vez que estuvimos juntos.

Después, no era él sino su viuda quien entraba a abrir las ventanas. Yo me sentía tan triste por la ausencia de aquel hombre que no aspiré a ninguna resistencia, y me sentí viejo de verdad y abatido. Al escritorio del doctor se sentaban los nietos a jugar con la computadora, y a nosotros nadie nos limpiaba ni nos re-ubicaba.

Hasta el día que la viuda recibió a unas personas que nos observaron, midieron las estanterías, anotaron, nos tomaron con las puntas de los dedos para abrimos y ver nuestra fecha de nacimiento, y estornudaron un par de veces. Habrá sido entonces cuando arreglaron nuestro destino.

Una mañana, poco después, un grupo de chicos que hacían bromas entre ellos y escuchaban música con sus auriculares, nos metieron en cajas y nos subieron a un camión. Ninguno sabíamos adonde nos llevaban. Nos bajaron aquí, el instituto adonde el doctor trabajó toda su vida. Yo sentí un ramalazo de satisfacción cuando lo supe.

Pero para mi desgracia tuve que oír que no éramos bienvenidos. Con unas voces fastidiadas, y a veces irónicas, dos o tres personas abrieron las cajas, observaron lo que había, comentaron, retiraron algún libro de acá y de allá, y luego cerraron las cajas otra vez. A mí no me retiraron.

Y nos trajeron a este sitio oscuro y frío, un lugar de disposición final. No tengo ninguna expectativa de que salgamos de aquí.

A veces, muy de tanto en tanto, entra un muchacho que enciende la luz y revisa unas cañerías que pasan encima de nosotros. Alguna vez les ha puesto un parche por una pérdida de agua que de cualquier modo ya nos había mojado. Corrió unas cajas, sacó a unos compañeros que dejó afuera, secándose, y luego se fue.

Y ahora el único despierto soy yo. Todos los demás se han dormido y no han vuelto a despertarse. Y yo rememoro mi origen sin estar seguro si podré hacerlo otra vez.

Publicado por [Isabel Garin](#) en [8.8.13 3](#)